

# Las Turbas del Viernes Santo

José María LAZARO CEBRIAN

El reloj acaba de dar las doce. Jueves Santo ha terminado. La noche es cerrada y fría. Muy lejano está aún el amanecer. Tal parece como si el tiempo se hubiese detenido y la noche no fuera a dejar paso nunca más a un nuevo día.

Las empujadas calles de Cuenca se ven recorridas, al reflejo de sus mortecinas farolas, por fantasmagóricas sombras. Y, poco a poco, el impenetrable silencio nocturno es roto por los grupos turbulentos que van saqueando la ciudad. Las «Turbas» están en la calle.

Tambores y trompetas atruenan más fieramente que nunca en un canto de desesperación y de burla. Mientras la noche empieza a fundirse con un tímido prelude de alborada, los «borrachos» engañan su impaciencia con un tocar incansable de sus instrumentos, que en ocasiones alternan con la botella de zurra o de resolí.

Son las cinco de la madrugada. Los grupos turbulentos van dejando solitarias y tristes las calles que unas horas más tarde van a ser escenario de la Pasión de Cristo. Cargados de resolí y zurra, se dirigen con un torpe caminar a la puerta de El Salvador en donde, en espera de la salida de los «pasos», el redoblar de los tambores y el sonar de las trompetas son cada vez más fuertes.

Las «Turbas», los «borrachos», agitados e intranquilos, aguardan el comienzo de la procesión... De la «representación», cabría decir. En efecto, todo parece indicar que esta tradición tiene su origen más remoto en las representaciones medievales de la Pasión. Sabemos que en los Autos de la Pasión aparecían unas comparas que encarnaban, precisamente, a las «Turbas» de los judíos que con sus gritos hacían mofa del nazareno. Por otra parte, las procesiones de

Va amaneciendo temerosamente. La mañana, por fin, está rayando. Jerusalén queda dormida. El año que viene despertará.

Semana Santa venían a ser como una representación de la Pasión de Cristo: piénsese en cómo la ordenación de los «pasos», en la procesión del Viernes Santo, reproduce el relato de la Pasión. Además, la palabra «paso» —con este sentido— procede del vocabulario teatral: «paso» es una escena de comedia o de drama, y eso son los pasos procesionales: «escenas» de la Pasión de Cristo, plasmadas en madera esculpida. Pero he aquí que, en Cuenca, junto a los personajes tallados hieráticamente, van a moverse esos personajes de carne y hueso que componen la «comparsa» de las «Turbas». La bebida introduce un contrapunto dionisiaco (otro elemento que, tal vez casualmente, nos hace pensar en raíces hondas del teatro: ¿no nació el teatro en Grecia de las procesiones en honor de Dionisos?).

Un año más, las «Turbas» van a dar vida a la tradición. El retablo procesional va a iniciar su tortuoso recorrido. La gente se aposta en los lugares más insólitos para presenciar el espectáculo...

Y el paso aparece en el umbral de El Salvador. Jesús Nazareno, con la cruz a cuestas, traspone la portada. Tambores y trompetas redoblan su son con tal fuerza que parece que van a hacer saltar en mil pedazos la imagen. Luego, las «Turbas» se lanzan cuesta abajo, precediendo al paso. Los tambores siguen tocando en un alternar constante con el entrecocer de los palillos: es el ruido insultante con el que se mezclan a veces exclamaciones e improperios hacia Jesús. Y, a intervalos, las trompetas lanzan su sonido prolongado y discordante.